

La participación de la población infantil en el ámbito de los métodos cuantitativos de investigación

Iván Rodríguez Pascual¹

Recibido: 25 de abril de 2017 / Aceptado: 13 de julio de 2017

Resumen. ¿Por qué interrogarse sobre el lugar de niños y niñas de diferentes edades en el ámbito de las técnicas cuantitativas de investigación y más particularmente en las encuestas? Este texto se plantea el objetivo de abordar el problema metodológico de la adecuación de los métodos y técnicas cuantitativas de investigación a las características de un informante en desarrollo y la voluntad, no menos importante, de evitar el desplazamiento (involuntario o no) de la discusión sobre las limitaciones técnicas hacia una caracterización limitada de los informantes, precisamente porque se les (mal)concebe desde una perspectiva evolutiva estricta. Concluimos que es necesario evitar el sesgo adulto que se esconde bajo los argumentos técnicos y primar la adaptación metodológica, particularmente cuando se trabaja con informantes de corta edad.

Palabras clave: Sociología de la Infancia; metodología; técnicas cuantitativas de investigación.

[pt] A participação da população infantil no âmbito dos métodos de investigação quantitativos

Resumo. Por que razão se deve questionar sobre o lugar das crianças de diferentes idades no âmbito dos métodos de investigação quantitativa e, mais particularmente, nos questionários? O objetivo deste artigo é abordar o problema metodológico da adequação dos métodos e técnicas de investigação quantitativa às características dum informante em desenvolvimento. Um outro objetivo, não menos importante, é evitar que a discussão se centre na perspectiva (voluntária ou não) de caracterizar os informantes de modo limitado – o que advem duma (má) conceptualização de criança dada por uma perspectiva evolutiva estricta –, mas se foque nas limitações técnicas dos métodos e técnicas. Conclui-se que é necessário evitar o viés do informante adulto que se esconde por trás dos argumentos técnicos e priorizar a adaptação metodológica, em especial quando se trabalha com participantes de pouca idade.

Palavras-chave: Sociologia da infância; metodologia; técnicas de investigação quantitativa.

[en] Children Participation in Quantitative Research Methods

Abstract. Why should we question the role of boys and girls of different ages in surveys and other quantitative research techniques? The objective of this text is to address the methodological problem of the adequacy of quantitative methods to the characteristics of a developing informant. From our point of view it is important to avoid discussing the limited characterization of these informants because they are (poorly) conceived from an inflexible developmental perspective instead of dealing with the real problem: the technical limitations of our techniques and instruments. We conclude that it is necessary

¹ Universidad de Huelva
E-mail: ivan@uhu.es

to avoid the adult bias hidden under technical arguments emphasizing methodological adaptation, particularly when working with informants of short age.

Keywords: Sociology of Childhood; Methodology; Quantitative methodology.

Sumario. 1. ¿Por qué no participan en la investigación? 2. Más allá del desarrollo: el problema del contexto. 3. ¿Pero, son los niños informantes fiables? Desplazando las fronteras etarias en la investigación. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Rodríguez Pascual, I. (2017): La participación de la población infantil en el ámbito de los métodos cuantitativos de investigación, *Sociedad e Infancias*, 1, 283-298.

1. ¿Por qué no participan en la investigación?

El autor de este texto fue testigo presencial de la siguiente anécdota, acaecida durante un seminario de presentación de proyectos de explotación de datos de una importante oficina estadística. Uno de los ponentes del seminario tenía el encargo de presentar un nuevo tipo de encuestas de uso del tiempo, una de cuyas principales peculiaridades era un sistema complejo de diarios personales como instrumento de observación y el hecho de que se pretendía una operación estadística armonizada desde la Unión Europea que permitiría, en el futuro, establecer datos comparativos para varias sociedades europeas. En algún momento de la presentación dicho ponente explicó que desde la oficina europea que centralizaba el proyecto se recomendaba incluir en la muestra a individuos por debajo de la mayoría de edad, y, en concreto, mencionó que esta debía ser representativa para niñas y niños a partir de los 14 años. Sin embargo – concluyó nuestro informador – para su aplicación española se había desestimado tal posibilidad ya que: a) el cuestionario y el sistema de diarios personales que se usaba parecía demasiado complejo para esta población; b) era difícil conseguir los permisos pertinentes para poder acceder así a la población infantil en el ámbito doméstico; y, por último, c) ya que se iban a obtener datos más que suficientes sobre el resto de integrantes del hogar era fácil suponer en qué empleaban su tiempo los niños.

Todavía hoy este posicionamiento metodológico resume bien las que han sido las tradicionales deficiencias de la investigación cuantitativa *sobre y con* los niños y niñas. La principal de las cuales es, resulta casi obvio decirlo, la exclusión de la población menor de edad de buena parte de las encuestas y estudios de corte cuantitativo que fundamentan lo que sabemos (también lo que no sabemos) sobre la población infantil y sus hábitos y condiciones de vida. A modo de un sujeto de investigación espectral, hasta hace relativamente poco nuestras evidencias sobre los fenómenos que tenían que ver con estas cuestiones procedían en gran parte de lo que individuos adultos observaban o decían observar en los niños, lo que confería siempre un estatus de ambigüedad e imprecisión a dichas observaciones. La representación social del colectivo infantil en términos de inmadurez ayudaba a legitimar este tipo de posicionamientos metodológicos que derivaban, por un lado, en un claro desconocimiento de la realidad social de la población infantil y, por el otro, en una clara vulneración del derecho de niñas y niños a expresarse con su propia voz, también en

el entorno de un diseño de investigación. Puede entenderse fácilmente que los argumentos subyacentes a tales posicionamientos son los siguientes:

- El argumento de la *inmadurez* o *incapacidad* de los niños: que nos hace ver los instrumentos de observación que diseñamos como demasiado avanzados y complejos para sus capacidades, normalmente a través de un proceso claro de subestimación de las competencias de la población infantil en tanto informantes.
- El argumento de la *privacidad* y *estatus protegido* de niñas y niños: que contemplamos encapsulados en el ámbito de las relaciones familiares y completamente dependientes de los adultos, que casi actúan como sus propietarios, resultando por tanto inaccesibles.
- El argumento de la *invisibilización en las relaciones familiares o educativas*: que nos hace renunciar a la consideración de la infancia y la población infantil como objetos autónomos y unidades de análisis y observación, atribuyéndoles, por contra, una serie de rasgos característicos que encontramos en unidades de mayor agregación que nos parece los resumen o contienen.

Son argumentos similares a los que utiliza Jacqueline Scott (2000) a la hora de describir la tradicional invisibilidad de la población infantil en los estudios cuantitativos: una fuerte inercia metodológica y una imagen del niño como sujeto inmaduro cuyo acceso resulta problemático, que conlleva la idea de que éste no es un informante válido ni suficientemente competente. A resultas de este tipo de condicionantes se produce una importante distorsión del papel que la población infantil juega en la investigación empírica cuantitativa: unas veces siendo sustituidos por sus adultos de referencia (padres, tutores o personal docente) y otras siendo directamente invisibilizados en el contexto de la investigación.

En otras ocasiones el problema tiene que ver con la propia orientación tanto de la producción de los datos como de su explotación y presentación pública, especialmente en el ámbito de la estadística pública, ya que se opta por difundir información que no está orientada a visibilizar a los niños y sus condiciones de vida (evitando lo que los sajones llaman *child-centred statistics*)² lo que, por otra vía distinta, acaba generando un efecto similar de invisibilización para la población infantil que fácilmente queda subsumida bajo grandes agregaciones de datos que ocultan sus especificidades.

Naturalmente, no todos los estudios cuantitativos dirigidos a la población infantil operan desde estos presupuestos invisibilizadores. Sin ir muy lejos, en el contexto de la investigación española en ciencias sociales contamos ya con una cierta tradición de investigaciones que rompen este patrón³. Son una valiosa excepción, por ejemplo,

² María José Hernán (2006) encuentra un curioso ejemplo de esta última forma de invisibilización en el mundo de la estadística española: resulta fácil acceder al dato proporcionado por los Censos de Población del Instituto Nacional de Estadística sobre los distintos tipos de hogar presentes en la sociedad española y cuántos de ellos tienen hijos; sin embargo, no es un dato tan accesible cuáles son los tipos de hogar en los que conviven los niños y niñas españoles, dato existente pero que necesita de una explotación específica al no ser niños y niñas unidades de observación.

³ El ámbito latinoamericano es también muy activo en esta tendencia a incorporar a la población infantil como

distintas pesquisas sobre las condiciones de vida y los valores de los niños y niñas españoles (Pérez Alonso-Geta *et al.*, 1992; Vidal y Mota, 2008); también más recientemente Ferran Casas y Armando Bello (2012) han dado a conocer un estudio sobre la percepción de la calidad de vida de niños y adolescentes ejemplar en este sentido⁴. Sin embargo, aunque contamos ya con una tendencia a revertir esta invisibilización y son cada más los estudios empíricos que se deciden por considerar a niñas y niños en tanto unidades de observación e informantes competentes, el llamado enfoque *proxy* basado en descartar la opinión de la población infantil en beneficio de la de un adulto es mucho más frecuente de lo que cabría suponer.

Es por esto que el acceso directo a la población infantil a través de metodologías cuantitativas debería constituir un imperativo metodológico. Como veremos en estas páginas niñas y niños están preparados desde edades bien tempranas para actuar como informantes fundamentalmente competentes si nuestros instrumentos de observación son adecuados y nuestras prácticas respetuosas con su condición. Y sin excluir la posibilidad de que otros agentes expresen también su opinión sobre asuntos que les conciernen, es obvio que tiene sentido hacerles partícipes y protagonistas de la investigación.

Las páginas siguientes exploran desde una perspectiva crítica cuáles son los condicionantes y factores implicados en el desarrollo de investigaciones cuantitativas en el campo de las ciencias sociales que tienen en cuenta a los niños y sus condiciones de vida, más que limitarse simplemente a contarlos.

2. Más allá del desarrollo: el problema del contexto

Ciertamente, niños y niñas ocupan un estatus particular en nuestras sociedades. Normalmente este estatus particular se traduce, por un lado, en una fuerte vinculación con la esfera familiar y privada, y fuertes barreras de acceso en los espacios públicos, del otro. Se trata, al menos en teoría, de un estatus de mayor *protección*, particularmente frente al contacto con adultos que no formen parte de su círculo inmediato (en la práctica cualquier adulto salvo aquellos de su familia o sus profesores y profesoras). La cuestión del acceso a la población infantil vendrá determinada en buena parte por las peculiaridades de este estatus de protección.

¿Cómo resuelven este problema los investigadores? Lo usual es recurrir a dos grandes ámbitos de aplicación de cuestionarios en la investigación cuantitativa: los centros educativos y los hogares. El primero es un escenario mucho más probable que el segundo, particularmente por su bajo coste. El hogar puede ser un lugar ópti-

informantes de grandes diseños cuantitativos de investigación. Valgan sólo unas muestras de ello, como el proyecto ELCA (Encuesta Longitudinal Colombiana de la Universidad de Los Andes) que incluye una muestra de aproximadamente 10,000 hogares en zonas urbanas y rurales a los que se realiza un amplio seguimiento durante 12 años (disponible en: <https://encuestalongitudinal.uniandes.edu.co/es/>) y otra clase de iniciativas como las encuestas sobre bienestar infantil subjetivo realizadas en Chile (Oyanedel *et al.*, 2014).

⁴ No puedo dejar de observar, sin embargo, que la estadística oficial camina mucho más lentamente hacia un mayor protagonismo de niños y niñas como informantes. Son muy pocas las grandes encuestas dependientes de organismos públicos como el INE, por ejemplo, que cuentan con la población infantil (es decir, aquellas que tienen a niñas y niños como informantes directos). Igualmente llama la atención que organismos tan relevantes para la investigación sociológica como el CIS tampoco hayan incorporado más que ocasionalmente a las personas menores de edad en el contexto de algunos de sus estudios periódicos.

mo para entrevistar a niños y niñas, si bien es más costoso en términos metodológicos y resulta difícil acceder directamente a niños que no estén siendo supervisados directamente por un adulto.

Por otro lado, la cuestión del acceso esconde en realidad un problema todavía más delicado en términos metodológicos: la influencia del contexto. Aunque no puede descartarse que tenga también una influencia en el mundo de los adultos, es muy evidente que el contexto en el que se entrevista a niñas y niños puede influenciar sensiblemente una investigación. No son pocos los autores que consideran sus opiniones más dependientes de los contextos en que se recogen, atendiendo a aspectos como la privacidad y la confidencialidad percibidas por los propios niños, las relaciones de poder presentes, la presencia de otros niños y/o adultos o la construcción del espacio (Hill, 2006; Mc Kechnie, 2002; Platt, 2016; Scott, 2000). En este sentido, aplicar un cuestionario en el contexto de un aula o en una habitación de una casa acaba por producir dos operaciones metodológicas diferentes que cuentan tanto con ventajas como inconvenientes.

Por ejemplo: como se ha comentado, los centros educativos son uno de los contextos preferidos para realizar investigación con población infantil. Resulta fácil suponer cuáles son las razones que nos atraen como investigadores cuando se trata de trabajar en colegios o centros de enseñanza secundaria. En ellos la población infantil se encuentra concentrada, localizada y distribuida por edades. Existen además listados y registros de los estudiantes y contamos con el personal docente como filtro, que conoce bien las características de cada grupo de aula. Además, los centros suelen disponer de espacios de morfología muy diversa que suelen ajustarse bien a nuestras necesidades: grandes aulas y salones de actos para aplicar masivamente un test, pero también pequeños seminarios y despachos para conducir un grupo focal o una entrevista. Sin embargo, este tipo de escenario plantea también importantes inconvenientes; principalmente:

- Ante la cantidad de informantes agrupados, imposibilita una asistencia personal a los niños y prácticamente obliga a utilizar cuestionarios autoadministrados, más complejos y menos indicados en muestras compuestas por niños y niñas más pequeños.
- La proximidad en el aula facilita que los cuestionarios no se rellenen individualmente y estén influenciados por las respuestas de los compañeros y compañeras de clase.
- Resulta fácil detectar también interferencias entre las pautas características de la vida escolar y sus exigencias y la colaboración que demandamos al sujeto en una investigación. Es raro el investigador que en una visita a un centro escolar no ha sido confundido con un profesor, y no es infrecuente que los sujetos entrevistados pregunten cuál es la respuesta “correcta” a nuestras preguntas o interpreten un cuestionario como algo cercano a un examen.
- El propio personal docente puede distorsionar nuestra investigación intentando proyectar una imagen positiva del centro o de su trabajo: proponiendo que escojamos a ciertos estudiantes para ser entrevistados o evitando presentarnos ante un grupo de clase “conflictivo”.

Como vemos, la elección del aula como lugar de aplicación de un cuestionario tiene su justificación en términos de coste, pero igualmente debemos observar sus inconvenientes.

Respecto a los hogares, estos presentan igualmente algunos pros y contras que tienen una importante traducción en términos metodológicos. Es obvio que el hogar deviene un lugar idóneo desde el momento que en él podemos localizar no sólo al niño o niña, sino también a sus familiares cercanos, a los que quizás nos interese entrevistar igualmente. Por otro lado, existen múltiples métodos para seleccionar hogares con garantías de representatividad, tal y como se hace comúnmente en grandes encuestas: muestras con arreglo a censos de viviendas y padrones, selección de viviendas por rutas aleatorias, etc. Sin embargo, en el caso del trabajo de campo con población infantil se produce un efecto paradójico: es precisamente el carácter privado y familiar del espacio escogido para la encuesta lo que dificulta que el niño responda a nuestras preguntas en las mejores condiciones.

Precisamente, como veremos más adelante en detalle, la presencia de adultos en el momento de la recogida de datos es uno de los principales factores de distorsión de la respuesta infantil. Y la realidad es que entrevistar a niñas y niños en sus propios hogares, cuando sus padres están presentes, y conseguir hacerlo sin que estos estén suficientemente próximos para influir en la investigación es muy complicado.

Merece la pena, sin embargo, anotar cómo en ocasiones el ingenio de los investigadores consigue solventar este tipo de impedimentos. Partiendo de una novedosa metodología empleada por primera vez por el Centro Nacional de Estadísticas para Salud en Estados Unidos, Scott (2000: 110 y ss.) relata cómo ésta se adaptó y perfeccionó en su aplicación en los años noventa a un Panel de Hogares en Gran Bretaña de muestra más que ambiciosa y alcance nacional (más de 800 niños entre 11 y 15 años en 600 hogares participaron en esta investigación). Preocupados por la falta de privacidad cuando se entrevistaba delante de sus padres a los informantes menores de edad que participarían en la encuesta, desarrollaron una respuesta metodológica que, sirviéndose de la tecnología, conseguía aislar a la niña o el niño de modo que el resto de adultos presentes a su alrededor no conociera el contenido de sus respuestas. Para ello, utilizaron *walkmans* en los que habían pregrabado una narración suficientemente clara de las preguntas del cuestionario (mediante un pretest habían ajustado el ritmo y la voz adecuada para esta narración), mientras que a los sujetos se les administraba un cuadernillo en el que sólo figuraban las respuestas a cada pregunta. De esta manera los niños fueron respondiendo a su ritmo en el cuadernillo (podían rebobinar una pregunta, por ejemplo, si creían no haberla entendido) sin que otras personas supieran a qué estaban respondiendo, preservando de la mejor manera posible su privacidad y garantizando la calidad de la información recogida. Si esto fue posible gracias a una tecnología ya obsoleta, como la del casete portátil o *walkman*, las posibilidades de innovación en este sentido hoy día, en el tiempo del sonido digital comprimido, tabletas, *netbooks* y *smartphones* son muchas y muy diversas.

Se debería recalcar que más allá de cualquier consideración en torno a la maduración y competencias de los informantes, los dos escenarios que normalmente acogen nuestras recolecciones de datos tienden a convertirse en contextos problemáticos si se desconocen sus peculiaridades y su conexión con las condiciones de vida de la población infantil y su papel en dichos escenarios. Más allá de proponer un listado exhaustivo de recomendaciones detalladas para cada lugar y contexto, creemos que el ingenio y competencia de las investigadoras e investigadores es más que suficiente

para solventar los posibles problemas ligados al entorno que puedan distorsionar la investigación.

3. ¿Pero, son los niños informantes fiables? Desplazando las fronteras etarias en la investigación

Naturalmente, una de las cuestiones que ha centrado la atención de los investigadores y protagonizado buena parte de los debates sobre la investigación con población infantil es la de la calidad de la información proporcionada por los niños. A fin de cuentas, ya se ha expuesto cómo una forma común de representarse a niños y niñas es en tanto sujetos inexpertos y no suficientemente maduros, lo que lógicamente les convertiría en informantes poco competentes y apoyaría así el argumento de hacer buena la opción de sustituirlos por informantes adultos.

Lo cierto es que no conocemos ninguna investigación que se haya planteado trabajar con niños y niñas desde el rigor metodológico y que haya acabado concluyendo que los datos recogidos de sus informantes no fueran válidos o tuvieran que ser rechazados por no tener sentido. Éste no es en sí mismo un argumento que demuestre la validez de nuestros métodos o la competencia de nuestros informantes, pero no deja de ser significativo que la historia (breve) de la reciente investigación sociológica con población infantil abunde en ejemplos de lo contrario: investigadores e investigadoras que se sorprenden de haber encontrado sujetos más competentes de lo esperado, que es lo mismo que reconocer en cierta medida que se había cometido previamente un error de subestimación de sus capacidades. Y, como afirma Platt (2016), independientemente de cómo entendamos el concepto de “desarrollo” en el ámbito metodológico éste depende en gran medida del contexto y eso ha permitido que cada vez a edades más tempranas niñas y niños se conviertan en informantes⁵ dentro de diseños cuantitativos.

En nuestro contexto, los propios investigadores se han encargado de explorar (y desplazar) las pretendidas fronteras etarias que actúan como barreras de entrada de la población infantil como informantes dentro de los procesos de investigación desde hace, al menos, una década. En 2003, Rodríguez Pascual (2009) aplicaba un cuestionario que tomaba una media de 35 minutos a población infantil escolarizada entre 9 y 14 años. Existían pocos estudios previos que avalaran el uso de cuestionarios sociológicos tan largos en niños tan pequeños y no se disponía de demasiada bibliografía sobre cuáles eran los parámetros ideales para garantizar que respondieran al cuestionario en su totalidad o que lo hicieran con sentido. La realidad nos sorprendió positivamente. Apenas un 4% de cuestionarios tuvo que ser anulado por estar vacío o contener graves defectos y la práctica totalidad estaba cumplimentada desde la primera hasta la última pregunta pese a ser sensiblemente extenso. Un análisis de la

⁵ La expresión que usa Platt (2016: 6) en el original inglés es, en verdad, mucho más expresiva de lo que podemos traducir aquí en español. De acuerdo con la autora, los investigadores están, literalmente, empujando o presionando a la baja o hacia atrás (*pushing back*) las edades a las que incorporamos a niñas y niños en nuestros diseños de investigación; esto es, no estamos simplemente redescubriendo la competencia de este colectivo a edades relativamente tempranas, sino que podría parecer que desde nuestro rol investigador estamos generando esta misma competencia en la intersección entre los sujetos, nuestros métodos e instrumentos de investigación y los diseños y escenarios en los que hacemos participar a esta población.

consistencia de la respuesta utilizando preguntas filtro reveló además que esta era fundamentalmente coherente y no presentaba anomalías destacables. Este mismo cuestionario fue parcialmente replicado en 2011 para una muestra de más de 780 niñas y niños andaluces con edades superiores, entre 11 y 18 años. De nuevo encontramos respuestas consistentes y cuestionarios completos y correctamente cumplimentados en la inmensa mayoría de los casos, y en general ningún indicio de que hubiera que cuestionar o dudar de los datos recogidos por el hecho de haber sido producido por sujetos menores de edad, ni siquiera entre los niños y niñas más pequeños (Rodríguez *et al.*, 2011). Entre medias tuvo lugar un ejercicio aún más arriesgado: en 2010 en el contexto de una investigación pionera sobre la segunda generación de inmigrantes en España se aplicó un cuestionario mucho más ambicioso y exigente para los sujetos entrevistados, en este caso algo más de 400 niñas y niños extranjeros entre 12 y 18 años. Dicho cuestionario ya no podía calificarse como breve: contenía en realidad más de 90 preguntas, abiertas y cerradas, todas redactadas en castellano y algunas mucho más complejas de lo habitual en este tipo de instrumentos. En su aplicación los chicos y chicas que participaron en la investigación tardaban cerca de una hora en responder al cuestionario completo. Y es necesario mencionar que, aunque disponían de uno o dos investigadores por aula que hacían lo posible por asistirlos cuando lo necesitaban, muchos de los sujetos que respondieron al cuestionario tuvieron que enfrentarse al mismo teniendo conocimientos restringidos del castellano. ¿Cuál fue el resultado? La mayor parte de estos cuestionarios estaban correctamente cumplimentados y mostraban datos coherentes y consistentes con el marco de análisis de la investigación, con la excepción de algunas preguntas concretas que habían introducido mayor complejidad que mostraban una respuesta insuficiente o de peor calidad y necesitaron volver a ser planteadas telefónicamente a los entrevistados durante un posterior proceso de depuración de datos⁶ (Gualda, 2010). Desde nuestra experiencia hoy, parece claro que una muestra similar compuesta por adultos no lo hubiera hecho mucho mejor al enfrentarse a un cuestionario tan largo y complejo.

¿Qué revela la literatura científica sobre la fiabilidad de los niños y niñas como informantes? Cada vez tenemos más evidencias que apoyan el trabajo metodológico cuantitativo con población infantil. Incluso a edades tempranas. Buena parte de la experiencia investigadora reciente se ha volcado en señalar que con las precauciones ineludibles a la hora de diseñar un buen instrumento de observación adaptado a la condición y contexto de los niños y niñas, los resultados son suficientemente fiables y constituyen una importante vía de acceso a la opinión que los niños tienen sobre su propia vida y la de los que les rodean, al tiempo que crece su riqueza y fiabilidad con la edad y el desarrollo cognitivo de los propios niños (Bell, 2007; Borgers *et al.*, 2000; De Leeuw, 2011; Lloyd y Devine, 2010; Platt, 2016; Scott, 2000). Otros autores coinciden en destacar que los niños no sólo son informantes válidos sino necesarios a la hora de recabar información crucial en grandes encuestas sobre políticas sociales, indicadores sociales y estudios de macrosociología comparativa (Ben-Arieh *et al.*, 2001; 2005; Lange y Mierendorff, 2009).

⁶ En este sentido, se superó con mucho lo aconsejable: de acuerdo con Lange y Mierendorff (2009) y De Leeuw (2011) el tiempo aconsejado para aplicar un cuestionario a niños no debería superar los 20 o 30 minutos por término medio. Por otro lado, la posibilidad de contactar con los entrevistados para completar el cuestionario fue factible gracias al hecho de que el estudio tenía un diseño longitudinal en el que se recababan datos personales de los informantes para volver a aplicarles el cuestionario años después.

¿Significa esto que no existen problemas asociados a la aplicación de cuestionarios estructurados a niñas y niños? Rotundamente no. No se pretende transmitir la impresión de que la cuestión de la fiabilidad de la respuesta de este tipo de informantes es irrelevante dentro del contexto de una investigación, sino todo lo contrario. Por ejemplo, ya hemos comentado el efecto del contexto en la posible respuesta de niños y niñas; pero son muchos otros los condicionantes que es necesario observar para garantizar que el nuestro es el mejor instrumento de observación. La edad es uno de ellos.

Si asumimos que los niños viven su infancia dentro de un intenso proceso de desarrollo cognitivo y que dentro de éste cambian de manera acusada sus propias capacidades y muy particularmente todas aquellas que están implicadas en la respuesta a un cuestionario como la memoria, la comprensión lectora y verbal o la concentración, etc., resulta obvio que la posición de los informantes dentro de ese proceso de desarrollo será un criterio importante a la hora de usar y construir determinados instrumentos de observación. Se acepta comúnmente el modelo clásico propuesto por Tourangeau (1984)⁷ según el cual la respuesta a un cuestionario implica: a) comprender e interpretar el significado de la pregunta; b) obtener en nuestra memoria la información necesaria para incluir en la respuesta; c) integrar dicha información en un enunciado; y finalmente d) traducir este enunciado al formato de respuesta o escala demandado por el cuestionario. *Grosso modo* las cuatro fases de respuesta pueden resultar hipotéticamente problemáticas, en especial en cuestionarios aplicados a niños y niñas de menor edad, ya que implican una serie de operaciones complejas desde un punto de vista cognitivo. Existen múltiples evidencias que alertan sobre ciertas peculiaridades de la respuesta de niños y niñas a este tipo de instrumentos, y el único lugar común es que éstas van desapareciendo conforme los informantes crecen. Se mencionan solamente algunas de ellas, ya que tendrán su obvia traducción en la redacción y construcción de nuestros instrumentos de observación. Por ejemplo, además de señalar la importancia de la edad y el momento evolutivo en la calidad de la respuesta infantil, Borgers y otros autores han puesto de manifiesto aspectos como la fuerte tendencia a la deseabilidad social en la respuesta de los niños; su tendencia a necesitar introducciones que clarifiquen el contenido del cuestionario y el procedimiento de respuesta, así como la influencia de la redacción negativa de preguntas y del número de opciones de respuesta y su etiquetado cuando se usan escalas (Borgers *et al.*, 2000; 2002; 2004; De Leeuw *et al.*, 2004; De Leeuw, 2011). A estas consideraciones podríamos añadir las de los diversos estudios de Fuchs (2005; 2007; 2008): según sus evidencias la población infantil tiende a ser más sugestionable por los adultos y sus explicaciones; también puede verse afectada la calidad de los datos en función de la complejidad de las respuestas y su número y, en general, resultan problemáticos los aspectos que tienen que ver con la comprensión de las preguntas y la tendencia a contestar incluso si éstas no son completamente comprendidas. Todo lo cual, según Fuchs, sucede especialmente entre los niños menores de 14 años y más intensamente en los más pequeños, encontrándose además un claro efecto de género, produciendo las niñas respuestas de mejor calidad.

⁷ Algunos textos completan el modelo de Tourangeau mencionando igualmente una fase intermedia antes de la formulación de la respuesta final, en la que el sujeto evalúa su respuesta en función de la deseabilidad social de la misma, viendo si se ajusta a la que sería, en su opinión, la respuesta más popular y aceptada. Hemos preferido mencionar aquí su versión más sintética.

Resulta sugerente la clasificación propuesta por Natasha Borgers (2000) y su equipo, en la que se relacionan los distintos momentos de desarrollo infantil con la posibilidad de administrar cuestionarios estructurados y sus condicionantes a observar. Dicha clasificación consistiría fundamentalmente en cuatro grandes fases que van desde los instrumentos más simples para las etapas iniciales del desarrollo hasta el uso de cuestionarios que no han sido específicamente diseñados para la población infantil, una vez que nos acercamos a la mayoría de edad:

Tabla. 1. Edades aproximadas y consideraciones sobre la posible aplicación de cuestionarios

Edad	Observaciones
Entre 4 y 7 años	Desarrollo temprano. Respuestas literales y capacidades limitadas en la memoria, la comprensión textual y el intercambio verbal. Se recomienda observación, antes que un instrumento estructurado. Si se usan, deben ser breves, sencillos e incorporar preferentemente una dimensión lúdica.
Entre 8 y 11 años	Lenguaje más desarrollado. Pueden empezar a utilizarse instrumentos estructurados a modo de cuestionarios, pero deben estar específicamente diseñados. Debe evitarse la información ambigua y el uso de la negación en las preguntas. Dependiendo de la duración del instrumento es igualmente difícil conseguir una motivación duradera en la respuesta.
Entre 11 y 15 años	Desarrollo cognitivo avanzado, si bien los informantes pueden ser altamente sensibles al contexto de aplicación del cuestionario. El apoyo visual y gráfico es especialmente útil a estas edades. Pueden usarse instrumentos diseñados en adultos con leves adaptaciones.
A partir de 16 años	Las capacidades de los informantes no difieren significativamente de las de los adultos. Pueden usarse cuestionarios que no necesiten un trabajo significativo de adaptación, si bien se recomienda ser sensibles tanto al contexto de los informantes como a la influencia de factores como el grupo de pares o la proximidad y características del investigador/a.

Fuente: adaptado de Borgers *et al.* (2000)

Por tanto, será necesario observar estos condicionantes a la hora de elaborar un instrumento de observación que facilite la respuesta infantil, al mismo tiempo que satisfaga la demanda de información de los investigadores. Ahora bien, es necesario hacer una puntualización respecto de la edad como factor condicionante de la investigación cuantitativa. Es, de hecho, una cuestión espinosa en el ámbito de los nuevos estudios sociales sobre la infancia y se suele saldar con un cierto rechazo a los límites etarios y el trasfondo teleológico del propio concepto de desarrollo. Hay muchas razones para ello, pero la principal es el abuso del esquema psicologicista evolutivo que se ha extendido a otras disciplinas y la condición “niño/a” se ha hecho casi equivalente a la de “desarrollo”, propiciando una lectura muy rígida (y francamente adultocéntrica) de estos momentos y su relación con las capacidades de niñas y niños (Rodríguez Pascual, 2006). La realidad es que la

edad es un criterio útil e ineludible, pero también maleable y más flexible de lo que parece. Por ejemplo, a una misma edad responder a un cuestionario puede ser una experiencia muy diferente si es completamente autoadministrado o si se cuenta con la asistencia de un adulto o si se cambia drásticamente de contexto de aplicación; igualmente, a una misma edad se observan diferencias muy significativas en ciertas capacidades entre informantes de diferente origen social y estatus socioeconómico. Lucinda Platt (2016: 7) introduce una idea interesante en este sentido: existe cierta contaminación procedente del lenguaje legal, donde la “madurez” es casi exclusivamente definida en términos de edad, que no nos permite entender que este mismo concepto, en términos del desarrollo personal, es variable y depende en gran medida tanto de los sujetos y sus capacidades como del contexto (metodológico) en el que se sitúan.

Parece claro, por tanto, que la posibilidad de la aplicación de cuestionarios a la población infantil como parte del intento de realizar investigaciones que concedan más protagonismo a niñas y niños – y desde una perspectiva más respetuosa aunque igualmente rigurosa – es hoy cada vez más factible y frecuente en el mundo de la ciencia social en general y la sociología en particular. En nuestra opinión, conociendo cuáles son las limitaciones de este tipo de instrumentos de observación es más fácil reducir el riesgo de error e incrementar la calidad de nuestros datos. Dicho de otra forma, son los instrumentos los que nos parecen problemáticos, no los niños. Se entiende, por otro lado, que puede ser un error mayor todavía el apartar a la población infantil de la investigación cuantitativa y sustituir sus opiniones por la visión ajena e igualmente sesgada de los adultos, por más que las capacidades cognitivas de estos les hagan menos vulnerables a ciertos efectos de la redacción de las preguntas de un cuestionario o sean menos sensibles al contexto inmediato de aplicación, por poner sólo dos ejemplos que pueden salvarse con una intervención oportuna de los investigadores.

Es posible, en realidad, que niños y adultos se parezcan en tanto informantes más de lo que se diferencian. Es posible que necesiten una similar atención, por más que la población infantil demande además una dosis extra de específica y cuidadosa adaptación de los instrumentos de observación a su condición personal y a las características propias de la vida infantil.

Una vía práctica de aprendizaje sobre las limitaciones de los cuestionarios cuando se trabaja con la población infantil proviene de las incidencias y errores que los investigadores encuentran en sus investigaciones. Por supuesto, no todos ellos tienen la honestidad de incluirlos en sus informes, pero contamos con algunos ejemplos que nos ayudan a entender qué es lo que funciona (y lo que no) en este tipo de instrumentos. La tabla siguiente, por ejemplo, recoge los que, a decir de sus autores, fueron los principales problemas encontrados en una encuesta aplicada a una gran muestra de niños y niñas entre 6 y 14 años de toda España. Hemos tomado este pequeño listado de problemas (columna de la izquierda) y hemos añadido un breve comentario metodológico que apunta a la raíz del problema y/o sugiere una posible solución. La impresión general es que tanto las incidencias mostradas como sus soluciones pertenecen al ámbito común de la práctica investigadora, no serían ajenas tampoco a especialistas que trabajan con población adulta y pueden abordarse con un trabajo metodológico más afinado que está a nuestro alcance.

Tabla. 2. Errores comunes en la cumplimentación de cuestionarios por parte de población infantil y posible corrección metodológica

Errores encontrados	Comentario metodológico
-Letra no legible y escritura en lengua diferente al castellano.	-Falta adaptación del instrumento de observación a lectores que no tienen el castellano como lengua materna, o bien apoyo presencial por parte del equipo de investigación durante el trabajo de campo.
-Los niños han tenido algunas inexactitudes al contestar las preguntas del número de miembros que viven en el hogar y la existencia de niños de origen extranjero en su clase. En el primer caso, muchas veces el total de personas no coincide con el número de hermanos, de padres o de abuelos que viven con ellos. En el segundo caso, muchos niños no saben de dónde son sus compañeros, responden simplemente si hay o más chicas o chicos extranjeros, o en vez de poner la nacionalidad más mayoritaria ponen todas ellas.	-Se demanda un cálculo en alguna de las preguntas del instrumento, lo que puede ser complejo, particularmente para niños y niñas más pequeños. -Puede haber problemas en la redacción de la pregunta sobre la nacionalidad o puede haberse necesitado suministrar algún criterio adicional durante la aplicación del cuestionario respecto al modo de respuesta de esta cuestión.
-En la pregunta del número de primos de su edad, hay casos en los que los niños han dejado en blanco esa pregunta, pero han contestado las dos siguientes a continuación. Se han respetado las respuestas con la idea de que hay niños que no saben cuántos primos de su edad aproximadamente tienen, pero sí tienen primos.	-De nuevo se pide un cálculo en la pregunta, sobre un concepto (primos) que puede necesitar una aclaración adicional en los niños más pequeños.
-En la pregunta del número de amigos, aquellas respuestas no numéricas (muchos, pocos, etc.) se han considerado no válidas.	-La redacción de la pregunta probablemente demandaba una respuesta abierta. Una opción cerrada hubiera evitado este error.

Fuente: elaboración propia a partir de Vidal y Mota (2008)

De hecho, se podría ir más allá y preguntarnos: ¿tan diferentes son los niños y niñas de las personas adultas cuando se convierten en informantes en el contexto del diseño de una encuesta?⁸ Desde esta aproximación se entiende que sí existen diferencias significativas que tienen que ver con la maduración y el desarrollo

⁸ Somos muy conscientes de que el diseño de la investigación cuantitativa va mucho más allá de la aplicación de un cuestionario. Sin embargo, frente a otras cuestiones como las técnicas de muestreo o el análisis estadístico de los datos que resultan más estables y menos susceptibles de registrar diferencias significativas al tratar con población infantil, la construcción de los instrumentos de observación se convierte en aspecto crítico donde sí se observan importantes condicionantes, como lo demuestra que la práctica totalidad de las referencias científicas sobre el tema se refieran a los cuestionarios y su diseño y aplicación. Por esta razón, hemos concentrado nuestro esfuerzo como redactores sobre esta parcela concreta.

como procesos vitales, pero que a) desaparecen conforme los informantes infantiles se acercan a la adolescencia y b) resultan menos determinantes de lo esperado cuando comprendemos los métodos en su conjunto y nos damos cuenta de que persisten importantes limitaciones para su aplicación también para las personas adultas, referidas, por ejemplo, a su duración, a la redacción de las preguntas, la fatiga en la respuesta, etc. Los investigadores suelen resolver los problemas relativos a la aplicación de un cuestionario aplicando una sencilla lógica de adaptación y ajuste metodológico del instrumento, que es la misma que funciona para niños y niñas de cualquier edad.

4. Conclusiones

¿Por qué interrogarse sobre el lugar de niños y niñas de diferentes edades en el ámbito de las técnicas cuantitativas de investigación y más particularmente en las encuestas? Sería fácil descartar este asunto considerándolo poco pertinente desde dos perspectivas disímiles: la de tomarlo por un problema metodológico que debe resolverse desde la propia metodología o, también, la de equiparlo a una simple cuestión de tiempo; de tiempo evolutivo, para ser más exacto, una problemática que pertenece al propio estado del ser niño y que el desarrollo resuelve según se crece. Las dos respuestas, sin embargo, son ajenas a la idea que propone la ciencia como un producto cultural en sí mismo y, particularmente, un producto de una cultura adultocéntrica que construye y reproduce sesgos cuando discurre sobre los niños y sus capacidades. Este enfoque es molesto: disuelve las certezas y difumina las fronteras entre labores, disciplinas y objetos de conocimiento que hacen más fácil nuestro trabajo como científicos sociales, pero a cambio nos transporta a un escenario donde es posible pensar más empática y respetuosamente sobre lo que niñas y niños son y pueden (o no pueden) hacer.

Este texto, por tanto, se ha planteado el objetivo de representar un compromiso entre la necesidad de abordar el problema metodológico de la adecuación de los métodos y técnicas cuantitativas de investigación a las características de un informante en desarrollo y la voluntad, no menos importante, de evitar el desplazamiento (involuntario o no) de la discusión sobre las limitaciones técnicas hacia una caracterización limitada de los informantes, precisamente porque se les (mal)concibe desde una perspectiva evolutiva estricta. Se propone que una reflexión metodológica sobre los niños y niñas como informantes y unidades de observación corre siempre el riesgo de estar teñida de un sesgo adulto disfrazado de argumentos técnicos. Igualmente, tras la revisión del estado de la cuestión aquí presentado, surge una llamada de atención a la excesiva focalización sobre las capacidades potenciales de respuesta de los agentes frente a las limitaciones propias de los instrumentos de nuestra investigación. Se ha concluido, más bien, que si reflexionamos evitando la tentación del adultocentrismo sobre lo que es importante y procedente en el diseño de instrumentos de observación destinados a la población infantil, encontramos muy pocos casos en los que aquello que resulta recomendable y funciona en un cuestionario para niños no resulte igualmente recomendable total o parcialmente en el caso de los adultos. Incluso resulta paradójico encontrar que, en no pocas ocasiones, buena parte de los obstáculos para investigar con niños provengan de la presencia de individuos adultos.

Por tanto, aunque buena parte de las cuestiones metodológicas señaladas en este texto descansan lógicamente sobre el presupuesto de que el desarrollo cognitivo de los niños marca la manera en que debemos construir este tipo de instrumentos, la experiencia desmiente que éste sea el factor más determinante y nos alerta sobre los peligros de aceptar esta relación en términos absolutos y acríticos. Verdaderamente, hay condicionantes y limitaciones que pertenecen más bien al ámbito del propio instrumento o cuestionario y a los contextos de su aplicación, independientemente de cual sea el momento de desarrollo del informante implicado en su cumplimentación. No poder aplicar un cuestionario complejo o excesivamente largo a niñas y niños muy pequeños no es un problema, o al menos no es un problema que debamos achacar a los propios sujetos sino a las limitaciones de los instrumentos y de los procesos de investigación. Existen siempre diseños alternativos y otras técnicas de investigación que permiten acceder a esa población que se adecúan mejor a nuestros informantes. Se ha afirmado en páginas precedentes: los investigadores suelen resolver los problemas relativos a la aplicación de un cuestionario aplicando una sencilla lógica de adaptación y ajuste metodológico del instrumento: son los métodos y los instrumentos los que se adaptan a los informantes, nunca al revés. Trabajar con personas menores de edad no plantea diferencia alguna en este sentido.

Por último, es necesario hacer notar que un rasgo distintivo de la literatura sobre la fiabilidad de la respuesta y participación de niños y niñas en el contexto de los diseños cuantitativos de investigación es que buena parte de ella procede de disciplinas ajenas a la sociología y otras ciencias sociales. La investigación desde las ciencias sociales tiene sus propias peculiaridades y sus propios condicionantes y es muy probable que pueda aportar también una luz diferente sobre el lugar de niños y niñas en nuestros procesos de investigación, también desde una perspectiva más abierta, crítica y reflexiva. Una perspectiva que relativizaría a buen seguro muchos de los sesgos apuntados en este artículo. Que, además, convertiría la experiencia de investigar con la población infantil en un reto que invita a nuestra propia autoobservación en tanto científicos sociales y personas adultas.

5. Referencias bibliográficas

- Bell, A. (2007). Designing and testing questionnaires for children. *Journal of Research in Nursing*, 12, 461-469.
- Ben-Arieh, A. (2001). Measuring and Monitoring Children's Well Being: Theory, Types and Usage. *Social Indicators Research*, 83(1), 1-4.
- Ben-Arieh, A. (2005). Where are the children? Children's role in measuring and monitoring their well-being. *Social Indicators Research*, 74(3), 573-596.
- Borgers N., Hox J., Sikkel, D. (2002). Response quality in research with children and adolescents: the effect of labelled response opinions and vague quantifiers. *International Journal of Public Opinion Research*, 15(1), 83-94.
- Borgers N., Hox J., Sikkel, D. (2004). Response effects in surveys on children and adolescents: the effect of number of response options, negative wording, and neutral mid-point. *Qual Quant* 38(1), 17-33.
- Borgers, N., De Leeuw, E., Hox, J. (2000). Childen as respondents in Survey Research: Cognitive Development and Responses Quality. *Bulletin du Méthodologie Sociologique*, 66, 60-75.

- Casas, F., Bello, A. (Coords.) (2012). *Calidad de vida y bienestar infantil subjetivo en España: ¿qué afecta al bienestar de niños y niñas españoles de 1º de ESO?* Madrid: UNICEF España.
- De Leeuw, E. (2011). *Improving Data Quality when Surveying Children and Adolescents: Cognitive and Social Development and its Role in Questionnaire Construction and Pre-testing*. Annual Meeting of The Academy of Finland: Research Programs Public Health Challenges and Health and Welfare of Children and Young People (en línea). http://www.aka.fi/Tiedostot/Tiedostot/LAPSET/Presentations%20of%20the%20annual%20seminar%2010-12%20May%202011/Surveying%20Children%20and%20adolescents_de%20Leeuw.pdf, acceso 27 de julio de 2013.
- De Leeuw, E., Borgers, N., Smits, A. (2004). Pretesting questionnaires for children and adolescents. En S. Presser, J. M. Rothgeb, M. P. Couper, J. T. Lessler, E. Martin, J. Martin, E. Singer (Eds.), *Methods for Testing and Evaluating Survey Questionnaires* (pp. 409-429). Nueva York: John Wiley & Sons.
- Fuchs, M. (2005). Children and adolescents as respondents. Experiments on question order, response order, scale effects and the effect of numeric values associated with response options *Journal of Official Statistics*, 21, 701-725.
- Fuchs, M. (2007). Face-to-face interviews with children. Question difficulty and the impact of cognitive resources on response quality. En *Proceedings of the Section on Survey Research Methods* (pp. 2683-2690), American Statistics Association Salt Lake City, UT.
- Fuchs, M. (2008). The Reliability of Children's Survey Responses: The Impact of Cognitive Functioning on Respondent Behavior. En *Proceedings of Statistics Canada Symposium. Data Collection: Challenges, Achievements and New Directions* (en línea). <http://www.statcan.gc.ca/pub/11-522-x/2008000/article/10961-eng.pdf>, acceso 26 de junio de 2013.
- Gualda, E. (Ed.) (2010). *La Segunda Generación de inmigrantes en Huelva: estudio HIJAI*. Xátiva: Diálogos-Red.
- Hernán, M. J. (2006). Demografía de la infancia en España: los niños como unidad de observación. *Política y Sociedad*, 43(1), 43-61.
- Hill, M. (2006). Children's Voices on Ways of Having a Voice: Children's and young people's perspectives on methods used in research and consultation. *Childhood*, 13(1), 69-89.
- Lange, A., Mierendorff, J. (2009). Method and Methodology in Childhood Research. En J. Qvortrup, W. A. Corsaro, M.-S. Honig (Eds.) *The Palgrave Handbook of Childhood Studies* (pp. 79-93). Londres: Palgrave-McMillan.
- McKechnie, J. (2002). Children's Voices and Researching Childhood. En B. Goldson, M. Lavalette, J. McKechnie (Eds.), *Children, Welfare and the State* (pp. 42-58). Londres: Sage.
- Oyanedel, J. C., Alfaro, J., Varela, J., Torres, J. (2014). *¿Qué afecta el Bienestar Subjetivo y la Calidad de Vida de Niñas y Niños Chilenos? Resultados de la Encuesta Internacional sobre Bienestar Subjetivo Infantil*. Santiago de Chile: USACH.
- Pérez Alonso-Geta, P. M., Marín Ibáñez, R., Vázquez Gómez, G. (1992). *Los valores de los niños españoles 1992*. Madrid: Fundación SM.
- Platt, L. (2016). *Conducting qualitative and quantitative research with children of different ages*. London: Global Kids Online (en línea). www.globalkidsonline.net/young-children
- Rodríguez Pascual, I. (2006). Infancia y nuevas tecnologías: un análisis del discurso sobre la sociedad de la información y los niños. *Política y Sociedad*, 43(1), 139-157.
- Rodríguez Pascual, I. (2009). *Diseño y prueba de un sistema de indicadores sociales orientado a la medición de las condiciones de vida de la población infantil en el contexto de la Sociedad de la Información*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad de Granada. Sevilla: Instituto de Estadística de Andalucía.

- Rodríguez Pascual, I., Gualda Caballero, E., Barrero Cabaleiro, N., Arjona Garrido, A., Checa Olmos, J.C., Rodríguez García de Cortazar, A. (2011). *La población infantil ante las nuevas tecnologías de la información: una aproximación a la realidad de los nativos digitales andaluces*, (Colección Actual, nº 63). Sevilla: Fundación Centro de Estudios Andaluces..
- Scott, J. (2000). Children as Respondents: The Challenge for Quantitative Methods. En P. Christensen, A. James (Eds). *Research with Children: Perspectives & Practices* (pp. 98-119). Londres: Falmer Press.
- Tourangeau, R. (1984). Cognitive science and survey methods: a cognitive perspective. En T. Jabine, M. Straf, J. Tanur, R. Tourangeau (Eds.). *Cognitive Aspects of Survey Methodology: Building a Bridge Between the Disciplines*. Washington DC: National Academy Press.
- Vidal, F., Mota, R. (2008). *Encuesta de Infancia en España 2008*. Cuadernos de la Fundación SM nº 11. Madrid: Fundación SM-Universidad Pontificia de Comillas.